

BASES BIOGRAFICAS DEL DOCTORADO DE SANTA TERESA

Dar lecciones de tema espiritual está al alcance de cualquiera. En ciertos momentos todos debemos « enseñar al que no sabe ». Pero ser maestro es algo más. Supone una dedicación. Y por encima aun de la « dedicación » podemos vislumbrar muchas veces algo más, mucho más, una *vocación*, que no es una simple llamada desde fuera, sino una « estructuración biológica » dada por Dios a cada criatura, como si a la vez que la fisonomía individual marcarse en ella su « proyección social ».

El hombre no es solo « imagen y semejanza de Dios ». Es miembro de una familia, un ser colectivo, y sus relaciones con la colectividad son sustanciales, tan inherentes a su ser integral, que sin ellas nunca sería « hombre perfecto ».

En su discriminación no entra solo el sexo. Es mucho más. Cada uno posee infinidad de tentáculos de coherencia para empalmar de alguna manera con todos los individuos que convivan con él. Crecer no es solo vegetar. Es, más que eso, desarrollar contactos morales para convivir formando con los otros « un organismo », y aun diríamos, muchos organismo coordinados, desde la célula familiar, pasando por la civil y religiosa, hasta la propia raza humana, y aun diríamos « cósmica », pues todas las criaturas tienen a Dios por origen, y por El tienen con ellas cierto parentesco que no deben ignorar.

Habiendo, pues, creado al hombre como miembro de la gran familia humana, tuvo que dotarle de respectivas facultades, según el sitio que habría de ocupar en su existencia. Las grandes masas humanas tienen « alma », no son esquilas incoherentes. Y el alma se asienta en los líderes o jefes natos. Y cada liderazgo se enmarca en específicas modalidades, científicas, económicas, pedagógicas, políticas, sanitarias y doctrinales o morales. No podemos negar al hombre lo que poseen seres inferiores, hechos también para formar « sociedad », como las hormigas y las abejas, de las cuales dice la Biblia: « Ve a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio... O ve a la abeja, y aprende...: siendo como es pequeña y grácil, es por su ingenio tenida en mucho » (Prov. 6, 6-8). Sabemos que cada uno de estos seres inferiores nacen marcados morfológicamente para desempeñar su respec-

tivo oficio de relaciones, y no otro. En el hombre no son visibles orgánicamente tales diferencias; pero sin duda existe una morfología más o menos apreciable, que en ciertos individuos son inconfundibles. No es solo el temperamento y las disposiciones atávicas o predisposiciones psíquicas para determinadas artes, ciencias o actividades humanas. Es una « fisonomía » germinal, que hurga en el subconsciente para abrirse en abanico hacia una actividad que se hallaba como en raíz dentro del ser.

La proyección de Sta. Teresa sobre toda la humanidad con su doctrina y ascendiente inconfundible, no es un incidente fortuito. Es la inexorable consecuencia de unas premisas biológicas que recibieron y aclimataron los valores humanos de la futura doctora. En esos factores no hay líneas precisas. Es toda una trama de imponderables fisio-psicológicos de contornos borrosos que toman raíces más allá del horóscopo personal. Un leve análisis permite descubrir vetas de un atavismo que respalda los valores del individuo con la reserva incalculable de un clan, quizá de una raza.

No es preciso, sin embargo, llegar hasta el ignoto para descubrir en Sta. Teresa los elementos dinámicos de su personalidad. Será suficiente recoger ciertos atavismos a partir del abuelo paterno, la personalidad más destacada del clan, para estructurar con ellos el subconsciente familiar.

La nota específica de los Cepeda procede del carácter absorbente de D. Juan Sánchez de Toledo. Su gran cualidad, y juntamente gran defecto, fué su hegemonía familiar. Sus hijos quedaron anulados junto a él. No tenían que molestarse; lo hallaban todo resuelto por la previsión intuitiva y minuciosa del jefe de familia. Autoridad aglutinante, que mantuvo a los hijos como un racimo aun después de su fallecimiento, como por inercia. Los Cepeda eran grupo. Las personalidades, « familia ». La única forma dominante es la del padre, que los ha llevado a Avila y los ha enlazado con los apellidos hidalgos y limpios de la ciudad, haciendo olvidar totalmente sus vetas judías. El único disidente, solo en parte, es el primogénito, Hernando de Santa Catalina, que permanece judío en la ciudad de Salamanca. Los otros van juntos, y juntos defienden los derechos de hidalguía de los Cepeda en 1521, reunidos en el caserón familiar de Hortigosa.

Otro dejo fue el estilo rumboso, espléndido, que mostraron en su nivel social, hasta extremos exagerados, como en D. Alonso, padre de Sta. Teresa, que por conservar las apariencias no

dudó en entramparse de deudas. Quizá fué también efecto del mismo la explosión religiosa de aquel converso que luego envió a sus hijos a ser educados a la sombra de algunos obispos. De ellos, D. Lorenzo, sería sacerdote; D. Pedro, el de Hortigosa, acabaría sus días en los Jerónimos de Guisando; D. Francisco tendría entre sus hijos varios sacerdotes y religiosos; D. Alonso suspiraría por morir en un convento y haría una vida profundamente piadosa.

En esa mezcla de piedad y boato mundano, ninguno de ellos hereda del padre la vivacidad y la intuición para las negocios. En su vida, quizá por su intervención, todos prosperaron, para caer luego en barrena, en parte por la carestía de vida, mas principalmente por su meticulosidad y poca iniciativa para mermar en la adversidad. La que se mantuvo a cierta altura económica fue la única hembra, D^a Elvira de Cepeda, bien por tener más parecido con D. Juan, bien por su matrimonio con los Mejía. Es evidente, de todas formas, que el auge dado a la familia por D. Juan no halló en los hijos apertura y dinamismo competente. Tímidos, meticulosos, se resignaron a una honradez muy hidalga, pero sin riesgos.

Si la pleamar del abuelo fue seguida por la bajamar de los Cepeda, en esta pudo hallar Sta. Teresa el empuje para iniciar otra pleamar con el temple indómito de su abuelo. Su padre, D. Alonso Sánchez de Cepeda, era rectilíneo, muy exacto, verdadero, meticuloso, ceremonioso y tímido. En su hermetismo escondía una ternura enorme, que no permitía tener esclavos en su casa. La austeridad era quebradiza, rígida, quizá para disimular el fondo sensible. La propia esposa, D^a Beatriz de Ahumada, catorce años más joven, tenía que esconderse para leer libros de caballerías que él no toleraba. Por lo visto era fácil burlar su vigilancia, que no tenía ni sombra del absorbente dominio de D. Juan, a quien no habría escapado nada de sus hijos. Con tal que se guardasen las formas convenidas, la autoridad de D. Alonso era más bien inhibitoria. Sus hijos reciben educación esmerada y marchan a Indias muy bien provistos de armas y caballerías como hidalgos. La austeridad de la mujer reflejaba quizá las normas impuestas en el hogar por el señor. « Con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasión a que ella hiciese caso de ella; porque con morir de treinta años, ya su traje era de persona de mucha edad » (V. 1, 3). Mujer reservadísima, tenía que adaptarse en silencio al ritmo del señor, y tomarse en celada los alivios oportunos. La alusión que hace Sta. Teresa a sus continuos achaques y grandes sufri-

mientos, ella que dio a luz a diez hijos robustos en menos de veinte años, hace suponer causas psíquicas que enfrentaban como dos púas en roce continuo a los dos cónyuges. Ambos eran intachables, profundamente piadosos, limosneros, recatados, y también retraídos. Entre ambos, diez hijos, además de otros dos del primer matrimonio. De los doce, tres hembras, ordenadas de tal forma que en realidad hubo una sola hembra, D^a Teresa de Ahumada. La primera, D^a María de Cepeda, hija del primer matrimonio, la aventajaba en nueve años. Y la última, D^a Juana de Ahumada, nació cuando Teresa tenía trece. Ella tenía tres varones por delante y fué seguida de otros seis. Se halló pues, en un mundo masculino. Para su madre, D^a Beatriz, entrañable y encogida, era una hermana, respetuosa, sí, pero de más iniciativa, y harto más osada que ella delante de D. Alonso. Para la hermana mayor, aunque siempre cariñosa y digna, las relaciones eran de « buena vecina ». Para la benjamina fue de hecho toda una madre y así se hizo cargo de su educación.

Si en aquel hogar había una reina fue sin duda D^a Teresa. Por su temple fue abierta, dinámica, extravertida, efusiva. Por su situación, podía dar vuelo y retoñar holgadamente con el dinamismo arrollador del abuelo. D. Alonso dejaba hacer, con tal que nadie alterase el orden establecido. Le bastaba con poner a disposición de los hijos buenos mentores que los educasen y buenos libros, « y así los tenía de romance para que levesen sus hijos éstos » (V. 1, 1). La formación hogareña y religiosa se daba en común. Lecturas y rezos al unísono daban lugar para que cada uno tomase iniciativas y se hiciese eco de la pauta seguida o a seguir. Y tomó la delantera la niña, incontenible y arrolladora. Ella advierte que necesitaba repetir en voz alta las palabras más impresionantes, para que gritándolas se calasen hasta las entrañas: « Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustávamos de decir muchas veces: para siempre, siempre, siempre » (V. 1, 5). Y llevando en todo la delantera, se adueñó del corazón de todos. Primero de su padre: « Era la más querida de mi padre », reconoce (V. 1, 4); y pudo decir de todo y cada uno de su casa lo mismo.

El calor familiar y la educación en común desarrolló en su temperamento, abierto de sí, una exigencia de « compañía » tan profunda que vino a ser en ella necesidad psicológica. Pensaba, sentía, hablada como vibrando y haciendo vibrar en su propia emoción a los demás. Necesitaba el unísono. Como si el alma le flotase en la epidermis y se empalmase con los demás

por los ojos, voces y gestos, de tanta viveza que encandilaba, y encandiló siempre hasta los años de su vejez.

Con semejantes « salidas » su personalidad crecía en dos dimensiones, en la nitidez de su persuasión y en la expansión « social ». Su propio lenguaje adquiría matices significativos. Todo lo decía en plural, como si su alma fuese el alma de todos los asociados a ella. Las decisiones y ocurrencias nunca son « suyas », aunque nos consta que partían de ella. Así dice: « *Concertávamos* irnos a tierra de moros... *Nos dava* el Señor ánimos... *Espantávamos*... *Acaecíanos*... » (V. 1, 5). A veces un cambio brusco traiciona su versión: « De que *ví* que era imposible, *ordenávamos* ser ermitaños... Y así no *hallávamos* remedio... De nuevo en singular: « *Me dava* Dios tan presto lo que *perdí* por mi culpa... » (V. 1, 6). Y se queda en singular describiendo su desvío (V. 2). Solo cuando torna a reaccionar en bien recurre de nuevo al plural: « Comenzóme *esta buena compañía* a desterrar las costumbres que que había hecho la mala... » (V. 3, 1). Es también común la decisión de abandonar la casa paterna en compañía de su hermano Juan de Ahumada: « *Havía persuadido* a un hermano mío a que se metiese fraile... y *concertamos*... de irnos un día » (V. 4, 1).

Esta exigencia social siguió creciendo con el tiempo en proporciones inconmensurables. Todos los acontecimientos de su vida tenían que resonar, tenían que ser participados por todos. Ella vivía pendiente de los demás; y los demás tenían que vivir pendientes de ella, sin ella pretenderlo. Cuando comenzó a sentir afición a la oración mental, el tema se hizo tan general, que no había persona a quien ella no urgiese probar tanto bien. Hizo escuela. Entre los alumnos había monjas, seculares, caballeros, entre éstos su propio padre, D. Alonso Sanchez de Cepeda, que salió muy aprovechado: « *Asentóse* tan bien en él este ejercicio, que en cinco u seis años estava tan adelante que yo alabava mucho al Señor » (V. 7, 10). « No fue solo a él, añade, sino a otras algunas personas las que procuré tuviesen oración... Las decía cómo tenían meditación, y les aprovechava, y dávalas libros... Ya que yo no servía al Señor como lo entendía..., que le sirviesen otros por mí » (V. 7, 13).

Con idéntico énfasis ponderaba sus devociones personales, e impuso de forma definitiva la devoción a S. José. Porque además del entusiasmo añadía las razones de corte dogmático en que se fundaba. A san José agradecía lo mucho que había servido a Jesús y a María, y el ascendiente que como « avo » de Cristo ejerció, ascendiente que sin duda conserva en el cielo,

y si otros santos tienen poder especial, San José es abogado de todas las causas, y sobre todo el maestro del trato con Cristo y con María, que no es otra cosa la oración: « Esto han visto, dice, otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él..., y ansí muchos que le son devotos de nuevo espirimentando esta verdad » (V. 6, 6). « Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere... » (V. 6, 7).

La « reina de los Cepeda y Ahumada », que se trocó en corazón de su familia, seguía siendo corazón doquier se hallaba. Era un ascendiente tan natural, que parecía muy natural que todos contasen con ella. Seguía escondiendo sus iniciativas. Eran comunes.

Así llegó el otoño de 1560, un atardecer dorado. La celda de D^a Teresa se llenó de juventud, de amigas seglares y monjas. En grupo se proponían temas y se resolvían. Parecía un grupo que marchaba solo. Ella callaba. Y comenzaron a tratar de la situación de aquel convento, donde el recogimiento se hacía cada vez más difícil. Alguien inició que valdría la pena hacer otra casa donde fuesen pocas y pudiesen dedicarse sin trabas a la oración, recogidas y « a manera de ermitañas, como lo primitivo que se guardava al principio »¹. Interrumpida la cháchara con la llegada de D^a Guiomar de Ulloa, resumió D^a Teresa lo dicho con estas palabras « Estas doncellas estaban poco ha tratando que hiciésemos un pequeño monesterio como a manera de las descalzas de san Francisco » (ib.).

No se apresuró a hacer suya la idea, antes replicaba sinceramente que ella se estaba muy bien en aquel convento, donde tenía una preciosidad de celda para estar, si quería, muy recordada. « Con todo, dice, *concertamos* de encomendarlo mucho a Dios » (V. 32, 10). Anduvo en vaivén, que en realidad eran conatos y tentativas de lanzarse o de retirarse, y osciló hasta entender claro que era posible y que serviría a Dios en ello. Y se resolvió a llevarlo a cabo con la circunspección que le era propia, consultando antes a los letrados y esperando de estos y de los prelados las directrices de Dios. Ya todo resuelto, se traspuso en la empalizada y puso la obra a nombre de dos viudas amigas, que serían las « fundadoras oficiales » de aquella obra tan suya como su propia vida. Con ello se trasponía tras el « pluralismo » inevitable; mas también le valió para actuar con libertad y en secreto, que era el todo, y eludir a su tiempo los compromisos jurídicos, que de hecho eludió astutamente con los

¹ *Tiempo y vida de S. Teresa, I, 221.*

consabidos « descuentos ». Lo importante era « la obra ». Que fuese ella u otra la responsable jurídica la tenía sin cuidado. Así salió la bula de fundación dirigida, no a ella sino « A las amadas en Cristo doña Aldonza de Guzmán y doña Guiomar de Ulloa, mujeres ilustres, viudas, vecinas de la ciudad de Avila... »².

El anonimato era su arma y era su fisonomía. Era un anonimato con firma inconfundible, dirigido hasta el detalle. Un anonimato sustancial en cerebro y corazón de la M. Teresa. Su condición de anonimato reflejaba mejor la impersonalidad de la causa, con ser tan personalísima de la M. Teresa. Nadie quedaba exento de echarle una mano. Era una obra en favor de la Iglesia, y ningún estado ni instituto religioso debía marginarse; todos cuantos eran Iglesia debían patrocinar aquella cosa de la Iglesia. El Carmelo no era un coto particular. Era una « posición tomada », un castillito de leales en pro de la Iglesia. Lo planteó claro: « Hame parecido que es tener, como cuando los enemigos han corrido toda la tierra, y viéndose el señor de ella perdido se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en el castillo, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con muchos soldados, si eran cobardes... Lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se levante ningún traidor..., y a los capitanes de este castillo u ciudad..., que son los predicadores y teólogos..., que vayan muy adelante en su perfición y llamamiento, que es muy necesario » (*Camino*, 3, 1-2). El argumento es tan contundente que no ha perdido aún, ni perderá jamás, actualidad.

El anonimato encierra peligros, sin duda. La inercia de la masa es el primero. Mas el anonimato teresiano, nunca fue, como decimos, amorfo. A la hora de la verdad asomaba ella, y de hecho todos se dirigían a ella a pedirle cuentas. Siempre lo fue. Desde la infancia hasta su muerte. Cuando de acuerdo con su hermano Rodrigo « concertaron » irse a tierra de moros, a la hora de responder, Rodrigo la « echó toda la culpa », diciendo que « su hermana le había hecho tomar aquel camino »³. Y así cuando se comenzó el primero convento de S. José, nadie fue a pedir cuentas a las « dos viudas fundadoras », sino a la M. Teresa, que hubo de acudir rápidamente a el oportuno descuento

² Fecha: 7 febrero 1562. Cf. *La reforma teresiana*. Roma 1962, p. 139.

³ *Tiempo y vida de S. Teresa*, I, 41.

a la priora, al capítulo y al propio provincial; y tan bien dado, que siguió todo adelante, no obstante el parecer contrario del convento y de toda la caballerosa ciudad de Avila. No podemos, por tanto, hablar de anonimato amorfo, sino del estilo teresiano, que mueve masas y estudia de antemano todas las vicisitudes futuras tan medidas que cuanto sucede lo tiene ya minuciosamente previsto.

La eficiencia de aquel temperamento arrollador, hecho para movilizar masas, requería una madurez adecuada. Sin ella podrían frustrarse sus posibilidades, especialmente para conducir al ideal por ella defendido, el ideal contemplativo. Aquella mujer, de rabiosa convivencia, antagónica de la soledad, de un realismo enorme, telúrica, antisugestiva, no parecía de pronto la más indicada para constituirse líder de un ideal, de una vida que ordinariamente se considera como cerebral o emocional. Y precisamente por su aferrado realismo, ella, como nadie, trazaría nuevas líneas, personalísimas, a la vida contemplativa, no hinchándola para flotar en la región cerebral o emocional, sino englobándola en la biología del ser humano.

Sus puntos de vista tuvieron que virar muchas veces, hasta lograr la visión exacta. Ella, que necesitaba hacerlo todo a conciencia, no podía correr a la ligera. Tenía que madurar morosamente. Madurar era formarse, formarse biológicamente, no montando ideas provisionales. Y en su formación percibimos, en continuas oscilaciones, dos fuerzas convergentes y divergentes, según prevalecía lo innato o lo convencional que le imponían los maestros.

Podemos precisar tres puntos o pasos, como otros tantos hitos, que jalonan el progreso de su formación: a) *Tesis*, o afirmación espontánea. b) *Crisis*, o contraste con la técnica impuesta. c) *Síntesis*, posición personal, tomada después de las experiencias y comprobaciones realizadas en sí misma.

TESIS

Es la actitud espontánea que adopta frente al problema vital de sus relaciones con el ser supremo, que es la *oración*. Brota en ella con la naturalidad de una flor.

Cuando comenzó a tomar en serio el destino de su vida, a raíz de sus confidencias con D^a María de Briceño en Sta. María de Gracia, comenzó a hacer oración, entrando por la vía fácil de la *oración vocal*: « Comencé a rezar muchas oraciones vocales » (V. 3, 2).

Halagada poco después por los « perdones » que se ganaban meditando en el paso de la Oración al Huerto, se aficionó. Primero por los « perdones », y luego, porque resolvía su innata necesidad de « buscarse compañía ». Allí veía a Cristo, no majestuoso para mirarlo a distancia, sino angustiado y solo. La emocionaba pensar que pudiera ella hacerle compañía, y quizá consolarlo. « Las más de las noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendava a Dios, siempre pensava un poco en este paso de la Oración al Huerto. Tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma; porque comencé a tener oración *sin saber qué era*. Y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir » (V. 9, 4).

Aquel desahogo afectivo la ablandó psíquicamente, pues era tan recia que no podía llorar. Se renovaba, afinaba su sensibilidad y captaba más al vivo el contacto de Dios. « Con la fuerza, dice, que hacían en mi corazón las *palabras* de Dios, así *leídas* como *oidas*, y la buena *compañía*, vine a entender la verdad de cuando niña de que no era todo nada, y la vanidad del mundo... » (V. 3, 5).

De aquella hecha salió resuelta a abrazar el estado de monja. No por la emoción. Fué a fuerza de estarse « tres meses, dice, forzándome a mí mesma con esta razón: ...que yo ñavía bien merecido el infierno, que no era mucho estar lo que viviese como en un purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo » (V. 3, 6).

La formación ideológica en la vida religiosa y en la oración mental, no se inició en virtud de la compañía. Era curioso. Con ser tan abierta y efusiva, era reservadísima para sus propias vivencias. Quizá por delicadeza, como si lo suyo no pudiera importarle a nadie. En sus problemas de conciencia se quedaba sola. Y en tal soledad inició su formación religiosa a base de *lecturas*, esperando que allí le dirían lo que ella no era capaz de preguntar. Leía cuantos libros religiosos y muy recomendados llegaban a sus manos. Corría entonces el tesoro de libros piadosos editados por Cisneros, especialmente los *Morales* de S. Gregorio y las *Epístolas de S. Jerónimo*, cuya lectura la decidió a cortar los miramientos que la ataban a su padre y huir de casa, con todas las consecuencias. Todo a fuerza de razones, haciendo trizas la enorme ternura de sus sentimientos: « Cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartava por sí..., que era haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consi-

deraciones para ir adelante » (V. 4, 1).

Extraño parece que la que vivía del contacto ajeno y de los problemas que todos le traían, se inhibiese tanto para hallar por sola su cuenta la solución a los problemas del alma. Jamás habría manifestado su conciencia, de no verse tambaleante ante fenómenos que amenazaban su equilibrio. Y aun entonces comenzaría, como veremos por confidencias familiares con personas y parientes piadosos.

Después de todo, su retraimiento tuvo algo de providencial. Corrían tiempos recios y no habría sido fácil sustraerse al furor de una espiritualidad desequilibrada. Por un lado, los erasmistas ridiculizaban las formas populares y tradicionales de la piedad cristiana y de la vida religiosa. La irrisión cundió como una epidemia en los sectores de mediana cultura, y acabó por trocarse en simpatía por la *causa luterana*.

La Inquisición tocó a rebato y declaró la guerra, atacando por dos frentes de signo contrario: el reaccionario del humanismo erasmiano, y el pseudo-devoto de los « recogidos y dejados ». Comenzó a perseguir y encarcelar a los sospechosos, gente distinguida, como el erasmista Diego de Uceda, que tuvo que abjurar en 1529, el predicador fray Francisco de Ortiz y su devota « alumbrada » Francisca Hernández, señuelo de todos los sospechosos, que cantó furiosamente y delató entre otros a Juan de Vergara, antaño secretario de Cisneros, al benedictino Alonso Ruiz de Virués, y al profesor de Alcalá Mateo Pascual. Previendo las consecuencias tuvo que huir a Italia Juan de Valdés, recién impreso su turbio *Diálogo de Doctrina Cristiana* (Alcalá, 1529). Siguió general consternación.

Eran los días en que D^a Teresa de Ahumada entraba en « el arca » de la Encarnación de Avila, que fue el 2 de noviembre de 1535, cuando contaba veinte años y medio de edad.

La formación religiosa que allí se daba era sana, pero rutinaria. Se fundaba principalmente en los libros místico-legendarios recogidos en el *Speculum Ordinis* del maestro Felipe Ribot, en un ejemplar escrito en romance medieval, que rezumaba la ingenuidad vetusta de las tradiciones carmelitanas, que vinculaban sus orígenes al Antiguo Testamento y gozaban del privilegio de relacionarse con la Virgen María de Nazaret, que por vivir cerca del Carmelo hubo de visitar a sus « hermanos espirituales » y entablar con ellos conversación. Las leyendas eran el estuche. Mas con ellas se infiltraba una tierna devoción familiar a la Madre de Dios. Y a D^a Teresa le caló las entrañas. Se consustanció en su alma y el ideal rudo de los contempla-

tivos de las cavernas perfiló su carácter: « Las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamados a la oración y contemplación; porque éste fue nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos santos padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro... » (5 *Moradas*, 1, 3). « Por amor de nuestro Señor les pido se acuerden... la merced que nos ha hecho nuestro Señor a traernos a esta Orden y la gran pena que terná quien comenzare alguna relajación; sino que pongan siempre los ojos en la casta de donde venimos, de aquellos santos profetas... » (*Fundaciones*, 29, 33).

Todos sus brotes literarios, idealistas y religiosos llevaban aroma eremítico de flores orientales. Era la Virgen su auténtica fundadora, formadora y superiora, cuyo hábito traían y cuyas virtudes eran el programa fundamental del carmelita.

Aquellos principios se infiltraron hasta el subconsciente. No podía asimilarse mejor el espíritu de su Orden. Lo demostró con la persistencia y solidez de unos ideales jamás desmentidos.

La grieta fatal, que casi derrumbó su vida entera, vino por el lado de la técnica de la oración mental. Quizá la ingenua oración que aprendió de seglar parecía insuficiente, y hubo de aprender « el sistema de la meditación », según la clásica distribución de temas recogida en el *Exercitatorio de la vida espiritual* de García de Cisneros. Allí se educaba el « pensamiento ». Ella necesitaba otra cosa. Entre el pensamiento y la conciencia hay un puente que divide o que separa, según se considere. Hay que pasarlo y repararlo para coordinar el pensar con el vivir. No como dos cosas simultáneas, sino como dos partes de una sola biología.

El método por ella seguido desde antes, de « representar a Cristo dentro de mí » (V. 9, 4), o el solo « ver campo u agua, flores, con memoria del Criador » (V. 9, 5), no contaba con la fuga energética de la imaginación, incapaz de encandilarse en una sola composición, hecha a la fuerza. Ella advierte, y con razón, que « tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que vía, no me aprovechava nada de mi imaginación » (V. 9, 6). Era cierto. Carecía de imaginación *eidética*, capaz de reproducir al vivo hasta sentir como ajeno lo representado, facultad típica de mentes enfermizas y obsesivas, que la propia santa descalificó: « de tan flaca cabeza y imaginación... que todo lo que piensan les parece que lo ven; es harto peligroso » (4 *Moradas*, 3, 14).

La imaginación de Sta. Teresa era « racional », y lo racional, para su conciencia realista, no era nunca sino éso, un ente

racional, un artificio montado desde fuera del alma, como una consigna convencional. Y ella necesitaba « poseerse » de la idea imaginada y convertirla intuitivamente en vida. Convertir en vida lo que se piensa, para ella, era poco menos que imposible, porque estaba cierta de que no era vida lo que era solo « pensamiento suyo ». Su método adecuado era precisamente aquel ingenuo « captar al Criador » por las criaturas, « campo, agua, flores », o a Cristo reproduciendo al vivo su « figura humana » por medio de imágenes piadosas: « A esta causa era tan amiga de imágenes » (V. 9, 6). « Quisiera yo traer siempre delante de los ojos su retrato y imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera » (V. 22, 4).

Por el contrario, la técnica convencional que la inducía a mantener discursos imaginarios a fuerza de frases leídas, la ponía en el disparadero, excitando su dinamismo racional y dejando seca la conciencia, que necesitaba sorber intuiciones. Ella se aferró a los libros, y los consideraba amigos inseparables. Y fueron ellos precisamente los que detenían su iniciativa biológica, matando las intuiciones que le brotaban al simple contacto del « recuerdo de Dios » y sustituyéndolas por artificios compuestos, brotados de otras almas, de otras conciencias, siempre otras.

Se angustiaba entre dos paredes: o discurrir o leer. El discurrir, desenfrenaba su « cerebralismo » y la desconectaba de la intuición autógena. La lectura mataba su iniciativa personal y la envolvía en ideas ajenas, postizas, que no prendían en el alma, antes estorbaban su vitalidad.

Ella admiraba a los « discursivos » y se consolaba con los « leedores ». Suponía que el discursivo « saca doctrina para defenderse de los pensamientos y peligros; pero quien no se puede aprovechar de esto, añadía, conviéndolo ocuparse mucho en lición... Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que (sea) sin lición..., será imposible durar mucho en ella y le hará daño a la salud, si porfía » (V. 4, 9). Terrible dilema. Todo era peligroso. Si con libros, dignos de compasión: « He lástima a los que comienzan con solos libros » (V. 13, 12). Si se van en conceptos, « digo que no se les vaya todo el tiempo en ésto » (V. 13, 11).

CRISIS

En esta encrucijada se quedó perpleja a sus 23 años, cuando hubo de salir enferma, de enfermedad misteriosa, poco des-

pues de profesar. Al pasar por Hortigosa, en casa de su tío D. Pedro de Cepeda, recibió un original obsequio, el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna. « Trata, inñormaba ella, de enseñar oración de recogimiento... Aunque este primer año había leído buenos libros, no sabía cómo proceder en oración ni cómo recogerme; y así holguéme mucho con él y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas » (V. 4, 6).

Era el libro más representativo de los maestros del « recogimiento » ortodoxo; mas en algunas sutilezas era tan afín al « dejamiento » de los alumbrados, que los maestros más graves lo consideraban desaconsejable. Los « dejados » se sumergían en Dios, anulando toda iniciativa personal. Los « recogidos » solo se embebían inquiriendo a Dios en el interior de sus propias almas, atentos como obsesionados, perdiéndose de toda otra cosa, aun de su propio pensamiento. Era como entrar en un fanal de irrealismo, en un vacío que los separaba del presente, de la tierra en que habían de vivir. Las diferencias entre « dejamiento » y « recogimiento » eran tan sutiles como una telilla, y al menor traspié se caía en el desliz. Osuna era el maestro de la técnica del recogimiento. Con razón a los ojos de D^a Teresa fue una revelación. Era el primer contacto con aquella corriente de « furor místico » que soplaba como un huracán, y de la cual se había librado hasta entonces en el « arca de la Encarnación de Avila ».

De momento D^a Teresa se encontró con frutos insospechados. Volaba en su interior. A los nueve meses del forzado recogimiento en aquella imponente soledad de Castellanos de la Cañada, « comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, dice, que me hacía merced de darme oración de *quietud*, y algunas veces llegava a *unión*, aunque yo no entendía lo uno ni lo otro » (V. 4, 7).

El éxito era, sin duda, tentador. No sospechaba, sin embargo, que era ficticio y así no podía durar. El truco consistía en quitar ocasiones y embeberse en una atención sentimental, hasta quedar en pasmo sin pensar nada. En el silencio se hallaba el alma a sí misma con sus deseos como « flores de estufa », gozando en sí, al margen de toda lucha o esfuerzo. Era un remedio hipnotizante, provisional. Reiteradas las ocasiones se evaporaba todo el decorado y volvía a plantearse el mismo conflicto, más agravado.

Era una curación superficial, como una herida que se cierra en la epidermis y se incuba por debajo; como la rotura de un pie, ue se remediara con una muleta, dejando el pie roto. Los sentimientos de Dios necesitaban el aire frío del ejercicio hu-

mano. La santidad era para vivirla, no para pensarla, solo para pensarla. No era la vida para las ideas, sino las ideas para la vida. Así aquellas flores de estufa se secarían luego a la primera ocasión.

Así fue. De que hubo regresado al convento, más muerta que viva, la instalaron en la enfermería, lugar estratégico adonde acudían todas las monjas, un ejido donde concurrían todos los comentarios que entraban y salían del convento. Se necesitaba temple de acero para mantenerse impávida frente a tal disipación. Y las flores de estufa se comenzaron a secar. El alma de D^a Teresa zozobraba, se inquietaba, hasta sentirse de nuevo perdida, con los síntomas de la revulsión espiritual que se plasmaban en aquel cuerpo hipersensible, caja de resonancia de toda angustia moral. « Tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme, algunas veces más tarde. Después acá, que frecuento más a menudo las comuniones, es a la noche, antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas u otras cosas; porque si lo dejo, es mucho el mal que siento » (V. 7, 11).

Aquel caminar lento la conducía a la impotencia. El verdadero camino se le estaba abriendo, sin sospecharlo, como un atajo entre el laberinto de su propio fracaso, a la vez que éste la exasperaba, provocando un derroche de voluntad descomunal. En la angustia se incubaba un « amor estimativo » de primera calidad. Acoso tras acoso, bullía un deseo sincerísimo y tenaz de « entenderse con Dios », y así se había obligado a una hora diaria de oración mental en su oratorio privado, a solas, frente a toda su desventura. Se dice pronto. Pero la resistencia era heroica, casi sobrehumana, para « perseverar deciocho años que pasé, dice, este trabajo, y en éstos, grandes sequedades, por no poder discurrir » (V. 4, 9). « Muy muchas veces... tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando dava el reloxo..., y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pudiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, u mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me dava en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo, que dicen le tengo pequeño, y se ha visto me le dio Dios harto más que de mujer..., para forzarme » (V. 8, 7).

En la subconciencia de aquellos forcejeos se iba posando un conglomerado de firmeza y decepción. El tesón en activo durante dieciocho años era ya una solera espléndida. La madurez

de sus casi cuarenta años no la permitía divagar tan indecisa. Y sobre todo, había llegado a percatarse de la radical imposibilidad de salir de sí misma con solas sus fuerzas y se vio consagrada a recurrir al único que se las podía dar, y no se las daba porque ella presumía aún en su interior de bastarse por su seso. Aquella mujer de cálculos precisos había planeado una perfección matemática, como una operación que se resolvía en ios sumandos, sin advertir que una meta infinita, como la que ella suspiraba, solo se podía alcanzar con posibilidades infinitas, reservadas al solo infinito Dios.

Ella iba a tientas y se sentía cansada, profundamente cansada: « Buscava remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no lo ponemos en Dios » (V. 8, 13). Era precisamente la condición que requería aquel « esfuerzo sobrehumano ». Y la ocasión fue bien simple, la soñada presencia de un cuadro de la Piedad con el cuerpo de Cristo muy llagado, que había visto muchísimas veces, aunque nunca en aquel estado de ánimo. « Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón se me partía...; porque *estava ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios*. Parece-me le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicava... Fui mijorando mucho desde entonces » (V. 9, 1-3).

No tardó en sentir, como antaño con el *Tercer Abecedario*, muy al vivo la presencia de Dios, como si pujase desde dentro de su alma. Ya entonces lo había sentido; mas ahora era diferente; tenía el ánimo curtido y era más ajena a las ocasiones que giraban en torno. « Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo... un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estava dentro de mí, u yo toda engolfada en El...; creo lo llaman Mística Teología » (V. 10, 1).

Incapaz de sugestionarse, ella tan reacia a las impresiones « eidéticas », que necesitaba valerse de imágenes labradas o pintadas para representar al vivo lo que quería imaginar, sentirlo ahora tan al vivo que no podía dudar que lo tenía cerca, dentro de mí, era una novedad turbadora que la comenzó a desasosegar y fue menester que alguien se lo aclarase.

Mas tropezó con su invencible reserva. Jamás había dado cuenta de sus « vivencias », ni era capaz de hacerlo. Sus interioridades eran « jardín cerrado » que ningún ojo extraño podía escudriñar. Mientras ella se volcaba hacia otras almas, que se le abrían gustosas y las iluminaba como si fuesen la suya, su

propia alma quedaba atrás, como si la pasividad de ser mirada por otros no fuese hecha para ella. Mas ahora era una encrucijada donde su sentido de verismo urgía hacer lo que nunca hizo. Y comenzó con un pariente y amigo, profundamente piadoso y relativamente docto, pues había seguido los cursos de Teología en Sto. Tomás de Avila, y acostumbrado a hablar con ella de temas piadosos, se brindaba para que ella le hiciese su « primera confidencia ». Era el « cavallero santo », Francisco de Salcedo, casado con D^a Mencía del Aguila, pariente por su tío Pedro de Cepeda (V. 23, 7).

Los informes que daba D^a Teresa, algo imprecisos, no coincidían ciertamente con las fórmulas aprendidas y con los esquemas que se había forjado el buen caballero. Los ademanes de aquella monja, que « no parecían de mujer santa », a quien en 1552 el P. Carranza había calificado de « mujer morena y de buenas y discretas conversaciones »⁴, herían los prejuicios de aquel asceta de reloj, que medía hasta el huelgo de su respiración. En su talante no cabía que Dios hiciera « mercedes » a persona tal, que por buena que fuese, no anduviese arrugada y con modales muy canónicos.

Tenía, sin embargo, una buena condición: que no se acababa de persuadir por sí mismo, y llanamente la invitó a consultar el caso con un su amigo sacerdote, un « santo de la época », de hechura similar, como mole de granito. Era el rígido Gaspar Daza, que comenzó por imponer « su orden » a tamaña descompostura como creía ver en los ademanes « naturales » de la monja de « rostro redondo y muy alegre y regocijado »⁵. Coincidió totalmente con la opinión del « cavallero santo ».

Contra camino, la Providencia abría así el camino que era menester. De esta forma los problemas « vivenciales » de estricta reserva, la oración mental de D^a Teresa, fu conducida al pannelo de la discusión humana, y la flor de estufa tenía que exponerse a los furiosos vendavales de una crítica mordaz. De momento hubo de dar cuenta más detallada de su vida, virtudes y pecados. De historias no era corta. Pero de vivencias, para tenerlas que explicar, nada. Se limitó entonces a acotar unos pasajes de la *Subida del Monte Sión* de fray Bernardino de Laredo, especialmente en aquello de « no pensar nada », que era lo único que ella sabía decir, y al lado de aquello tuvo la mala ocurrenciade hacer una brillante « relación de su vida y pecados » (V. 23, 14), que era pisarles en el callo de su prevención.

⁴ *Tiempo y vida de S. Teresa*, I, 151.

⁵ *Ib.*

Ambos confidentes prometieron estudiar despacio aquel conflicto; y mientras se encomendaba a todos los santos y rogaba a Dios les diese luz para que viesen y juzgasen con acierto, ellos resolvieron que « a todo su parecer de entrambos, era demonio » (V. 23, 14).

Nunca podríamos encarecer la turbación que produjo semejante dictamen a la tímida confidente. Tan despavorida quedó que los dos consejeros sintieron remordimiento y dudaron de sí mismos. Y la invitaron para que diese cuenta por tercera vez, ahora a un jesuita, que resultó ser un mozo muy piadoso y nada engreído, el P. Diego de Cetina. Los preludios eran otra larga confesión general. La hizo por escrito. Nuevamente relató, y esta vez con más pormenores, por si no había sido antes bastante clara. « todos los males y bienes de su vida ». Era de temer otro descabello. Pero el jesuita, enfermizo y dulce, la comprendió, y afirmó sin titubeos « ser espíritu de Dios muy conocidamente » (V. 23, 15).

Los jesuitas solían poner en el primer plano de la espiritualidad enseñada por S. Ignacio, la Humanidad de Cristo, tal como se exponía en los *Ejercicios espirituales*. De acuerdo con estos criterios el P. Cetina cambió los planos. En vez del « no pensar nada » tenía que asirse a la Humanidad de Cristo. « Díjome tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no los diese lugar hasta que él me dijese otra cosa » (V. 23, 17).

La simple invitación a dejar la artificiosa operación del « no pensar nada » y volver a su solariega oración de ponerse a los pies de la Humanidad de Cristo, fue una varita mágica que removió en un instante el subconsciente que la técnica había sofocado y que de hecho se había nutrido como una planta criptógama, que desde los dieciséis años solo revivía al toque de la Humanidad de Cristo.

Esto sucedía por el mes de mayo de 1554, cuando contaba 39 años. Y aquellos días acertó a visitar la ciudad de Avila S. Francisco de Borja. « En este tiempo, dice ella, vino a este lugar el P. Francisco, que era duque de Gandía, y haría algunos años que dejándolo todo había entrado en la Compañía de Jesús » (V. 24, 4). Fue concretamente el 23 de mayo, y la ciudad le dispensó una acogida triunfal. El P. Cetina y el « cavallero santo », cuyo cuñado Hernandálvarez del Aguila era también jesuita, le prepararon una entrevista con el santo Duque. « Poco después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía no era bien ya resistirle más, que hasta entonces

estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión y que si después el Señor me llevase el espíritu, no lo resistiese » (V. 24, 4).

Era el exacto ajuste de valores. El juicio de S. Francisco de Borja fue « la horma de su zapato ». Quedó complacidísima y volvió a encontrarse a sí misma con holgura, como si fuese aquello y no otra cosa lo que tenía que hacer, y le resultaba tan familiar como si lo hubiese hecho todo su vida. No lo hizo, porque se lo contuvo sofocado la « técnica del recogimiento ». Desde luego no quedaba descartado del todo aquel « no pensar nada », que tanto bien, en cierto modo, le había proporcionado. Pero ocupaba el primer plano la Humanidad de Cristo, único troquel de « santidad humana » donde las ideas tenían que « hacerse carne », dejando a pura « merced de Dios » si le pluguiese levantarla sobre sí. Bastaba que ella no lo procurarse; tenía, por el contrario, que inhibirse, desentenderse. No era preciso resistir positivamente; no valía la pena tal preocupación. Había ya resistido bastante para evidenciar que andaba Dios en ello.

No se percató del todo por entonces Sta. Teresa de la transcendencia de aquel reajuste de valores. Lo comprobó con el tiempo. Y aludía quizá al santo Duque cuando recordaba: « Una persona sierva de Dios me avisó. Después vi claro cuán errada iba » (6 *Moradas*, 7. 15). También pudo ser esta persona « sierva de Dios » el humilde P. Cetina.

Los efectos abrumadores no tardaron en confirmar el acierto de la nueva táctica. Había con ella encontrado el « equilibrio » de sí misma, la holgura suspirada para tratar con Dios « con toda naturalidad ». Lo había encontrado podando el « tecnicismo » de los maestros del « recogimiento », y devolviendo la prevalencia al « simple trato de amistad » con Cristo, que como ella dijo en su famosa definición, « no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama » (V. 8, 5). Era el retorno a la *Tesis* de su oración ingenua que brotaba sola como un lirio del campo: « sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto como el no dejar de santiguarme para dormir » (V. 9, 4).

Dos años más tarde, por Pascua de Pentecostés de 1556 invocando al Espíritu Santo para que la acabase de asentar sin desmandarse en sí misma y anduviese sometida totalmente a su acción antes que a su juicio o a su instinto, experimentó por primera vez en « palabras sustanciales » la merced del *desposorio espiritual*. Rezando un día, recuerda, « vínome un arrebato tan súbito que casi me sacó de mí... Entendí estas

palabras: Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles... Muy en el espíritu se me dijeron estas palabras, y así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo... que me quedó. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad... Desde aquel día quedé yo tan animosa para dejarlo todo por Dios, que no fue menester mandármelo más... Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años sabía, no pude alcanzar conmigo, haciendo a veces tan gran fuerza que me costava harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio » (V. 24, 7-10).

No imaginemos por estas palabras que la habían colocado en un jardín de delicias ni que estaba lograda la meta de sus aspiraciones. Ni mucho menos. Precisamente entonces comenzaron las atroces condenas que la arrojaron al borde del delirio: « Bastantes cosas había, confiesa, para quitarme el juicio, y algunas veces me vía en términos que no sabía sino alzar los ojos a el Señor; porque la contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haver yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores » (V. 28, 18).

La gran ventaja era sencillamente que con aquello se « había situado ». Comenzaba a *ser ella*. Aquellos encarnizados debates, con achaques de « endemoniada », no destruían, antes pulían su genuina fisonomía ágil, femenina, blanda, pero indomable. Las consignas se caían como una careta hecha girones. Aquellos varones que fulminaban rayos y centellas, giraban cada día con más emoción ante aquella mujer, con achaque de liberarla de los demonios, pero en realidad como servidores que acabarían por abrazar su propia causa y rendirse sin condiciones a sus pies. Los censores hicieron coro con ella, y nuevamente se convirtieron en « masa » cuyo cerebro y corazón sería precisamente aquella mujercilla que habían pretendido modelar. Curiosa metamorfosis. Ein embargo no era novedad. Era un capítulo más de aquella personalidad líder, que sin métodos intencionados, sino con golpes de intuición, acaudillaba mesnadas de Dios para la gran causa que le comía el alma, la defensa de la Iglesia católica.

Tres años más tarde, el 29 de junio de 1559, en plena retregua de censores y detractores, tuvo la primera *visión de Cristo*. Como si la « presencia cierta de Dios », flotando hasta la superficie, diese la cara; y la cara era la de Cristo. Sí; pero era *visión espiritual*, de cuya existencia no tuvo hasta entonces ni

idea (V. 27, 2-5). Ella hubiese preferido *visiones corporales* para poder dar señas precisas a sus detractores. Estos exigían detalles minúsculos, tangibles. Y la *visión espiritual* no servía para nada de eso. Y los censores volvían a confirmarse en su obstinada prevención.

Poco tiempo después vio algo más, aunque nunca lo que quisiera ver. Eran ahora *visiones imaginarias*. Era con los «ojos del alma», con la imaginación, como si en vez de «imaginarlo ella» se lo esculpiesen «imaginado», pero solo eso, lo que le esculpían, no lo que ella querría ver. Otro nuevo título para aparecer ilusa. Vio primero unas manos de grandísima hermosura. «Desde a pocos días vi también aquel *divino rostro*, que del todo me parece me dejó asorta» (V. 28, 1). A 25 de enero de 1560 «se me representó *toda esta humanidad sacratísima*» (V. 28, 2).

Sin dejar de resignarse, seguía prefiriendo *visiones corporales*, por ver si persuadía con argumentos de maza a sus contendientes. Opinaba con ellos que solo contaban «las que se ven con los ojos corporales» (V. 30, 4). Mas estas ni las tenía ni las tendría jamás (CC. 53^a, 2 y 21). En las *visiones imaginarias* no podía fiscalizar detalles geométricos ni tomarse la menor licencia para escudriñar lo que no le «daban». «Con desear yo en extremo entender el color de sus ojos u de el tamaño que era para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver» (V. 29, 2).

Las mercedes iban en crecimiento, y con ellas se definían los contornos de aquel sol naciente que asomaba entre la bruma del mundo interior. Cada vez era más nítida la figura del Maestro, cuya presencia había barruntado desde la oración de quietud. Los detractores iban deponiendo su hostilidad, mientras surgían defensores, que acabarían por persuadir a todos que el Maestro que hablada a la M. Teresa era, sin duda, el mismo Dios.

Así se fijaban las facciones de una fisonomía espiritual que era va inconfundible. La neblina del «no pensar nada» había cedido totalmente al Pantocrátor, la Humanidad de Cristo que como un sol sin nubes llenaba el azul del espíritu teresiano. Había sido en realidad el punto de partida de su «colocación exacta», hasta remontarse, después de la crisis, hasta el cenit. Todo en claro, la M. Teresa iba, no solo a «pronunciarse», mas también a *enfrentarse* con sus viejos maestros y con las ideas dominantes de su tiempo.

SINTESIS

Nuestra afirmación fue autorizada oficialmente por el Papa S. Pio X, que declaraba en una epístola del 7 de marzo de 1914: « Entre los mayores elogios de Teresa descuella su especial devoción a Jesús, el Señor, tan en contra de la opinión corriente de su tiempo. Por desgracia, solía olvidarse lo que respondió Cristo a los Apóstoles sobre el camino para ir a Dios: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie llega al Padre sino a través de Mí » (Jo. 14, 6). Desestimaban esto los llamados Quietistas y otros afines innovadores; y esta Virgen lo llevaba tan asentado en el alma que atribuía a Cristo cuantos beneficios recibía y esperaba por Cristo todos los bienes de Dios; ella veía en Cristo al Maestro, dechado de su vida, y al caudillo a quien seguir en la escalada de la contemplación; tuvo por dichosos a los que sentían así de Cristo y por desventurados, ajenos a la verdad de la Fe, a los contrarios... No tuvo otra aspiración sino la de hacer suya la vida de Cristo, troquelándose más y más en El y haciendo suyas las palabras del Apóstol: « Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia »⁶.

No todos han hecho suya esta declaración pontificia ni han tenido su intuición para descubrir el matiz cristológico de la fisonomía teresiana, y la confunden con el *Cristocentrismo*. De esta forma no solo desconocen la « reacción » de Sta. Teresa en contra de la corriente que dominaba en sus días, antes afirman que está plenamente incardinada « a la espiritualidad del siglo XVI ». « Se vivía entonces, dicen, la idea del Cristocentrismo muy profundamente entre los franciscanos, amantes de la Humanidad de Cristo, y entre los jesuitas »⁷.

La cuestión era otra. No se trata de proponer a Cristo como tema, ni siquiera de situarle como centro dogmático del Cristianismo. Se trata de una Cristología pragmática, que hace de la Humanidad de Cristo el troquel directo de la santificación, deteniéndose morosamente en sus formas humanas para descubrir en ellas « el sentido de Dios ». No es remontarse a la contemplación del Verbo, como hacían los contemplativos franciscanos, ni a los « estados del Verbo », como proclamó después la escuela francesa de Bérulle. El hallazgo teresiano no era remontarse a la Divinidad alejándose de « lo humano », sino libar

⁶ SS. D. N. Pii, *divina Providentia, Papae X Epistola ad... Praepositum Generalem et ad universum Ordinem Fratrum Carmelitarum Excalceatorum*. Romae, Typis Polygl. Vaticanis, MDCCCXIV, p. 5-6.

⁷ Cf. Revista de espiritualidad 22 (1963) p. 780.

como abeja en la flor de la Humanidad de Cristo, y descubrir en la misma flor la savia, la presencia santificante de la Persona divina. Cristo se hizo hombre para santificar lo « humano », las exigencias naturales y también las propias flaquezas inherentes a la Humanidad caída, menos en el pecado (Heb. 4, 15).

La técnica inhibitoria de los contemplativos de « subir sobre sí » a la zona de lo inmaterial, corría un riesgo grave de quedarse colgados en las alturas ficticias de un « inmaterialismo inhumano ». Es lo que Sta. Teresa experimentó con vértigo, al comprobar cierta tendencia a deshumanizarse, encandilada por bellas ideas, más de ángeles o de seres extraterrestres, que de hombres nacidos en la tierra. Cristo vino a vivir con los terrícolas y a santificar lo terrestre. Y lo terrestre, en El, por estar unido hipostáticamente a Dios, era hipostáticamente divino. Dejó así bien asentado que la santidad de los hombres debía cifrarse igualmente en « santificar lo humano » con el hálito divino de su Espíritu, y así la santidad debía erigirse sobre los valores humanos y respetando todo cuanto Dios había otorgado a la naturaleza humana, ya en valores personales, ya en expansiones sociales. Entre la tierra y el cielo se anilla la simbiosis de la gracia cristiana, dando sentido, no a lo importado, Dios, sino a lo preexistente: el hombre tal como lo halló Cristo al hacerse « hombre perfecto ».

La advertencia que Sta. Teresa recibió de los jesuitas fue un aldabonazo que la despertó. No fue una vinculación a una nueva doctrina, sino un reajuste de valores, del que se percató ella enseguida, viendo « claro cuán errada iba » (6 *Moradas*, 7, 15).

Descubierto el tranquilo ya no pudo quedarse neutral. Los maestros franciscanos, y la mayoría de los espirituales que por ellos se regían, hicieron de primera mucho bien a D^a Teresa, adentrándola en los caminos de la contemplación mas al descubrir la trampa tuvo por sospechosa aquella doctrina y se rebeló en abierta hostilidad. Las réplicas que hace se formulan ante las palabras de Osuna, donde afirma con alusiones y citas patrísticas « que los Apóstoles estaban detenidos en el amor de la Sacra Humanidad, la cual era menester que les quitase, para que así volasen a mayores cosas, deseando la venida del Espíritu Santo »⁸. Y las de Laredo: « Acrecentad el amor, y pase de la perfecta verdad que teneis en los misterios de la Huma-

⁸ *Tercer Abecedario*. Madrid 1911, p. 322.

nidad Sagrada a la bondad perfecta de la Divinidad Increada, y entonces amaréis con voluntad quietísima y sosegada en espíritu lo que ahora amais con inquieto entendimiento en verdad »⁹.

Sta. Teresa replicó en dos alegatos con quince años de distancia. El primero es de reacción caliente, escrito en el libro de su *Vida* poco después del desenlace final. Las palabras tienen eco de diálogo, como si pulverizase al adversario a golpes de intuición femenina, aunque perfumados de cortesía: « Avisan mucho que aparten de sí toda imaginación corpórea y que se lleguen a contemplar en la Divinidad; porque dicen que aunque embaraza u impide a la más perfecta contemplación » (V. 22, 1). « Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales...; mas diré lo que me acaeció: Como yo no tenía maestro, y leía en estos libros..., en comenzando a tener algo de oración sobrenatural... *procurava desviar* toda cosa corpórea (aunque ir levantando el alma yo no osava..., vía que era atrevimiento); mas parecíame sentir la presencia de Dios ...y procurava estarme recogida con El... Y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la Humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento... ». « Havía sido yo tan devota toda mi vida de Cristo (porque esto era ya a la postre... de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y mercedes, y *en tanto duró muy poco estar en esta opinión*), y así siempre me tornava a *mi costumbre* de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgava » (V. 22, 3-4).

Aduce razones en torbellino, en dialéctica fulgurante: La fidelidad se prueba mejor en la Cruz que en el gusto. Además, un Cristo cansado de caminar es el mejor guía para enfrentarnos a los trabajos que trae consigo la presente vida. Y de ellos se remonta el alma muy a su aire, cuando comprueba que este Señor cansado es el mismo que acaba glorioso y triunfador después de resucitado y amigo leal por siempre en el Smo. Sacramento. Dios otorga sus mercedes « por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dió Su Maiestad se deleita » (V. 22, 6). La tradición patrística, alegada por Osuna, no es hostil, sino devotísima de la Humanidad de Cristo: « Miremos a el glorioso san Pablo, que no parece se la caía de la boca, siempre Jesús, como quien le tenía bien el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no ivan por otro camino: san Francisco da mues-

⁹ *Subida del Monte Sión*. BAC, Madrid 1958, p. 314.

tra de ello en las llagas; san Antonio de Padua, el Niño; san Bernardo, se deleitava en la Humanidad; santa Catalina de Sena, otros muchos... » (V. 22, 7).

Aduce además y principalmente razones positivas, que encuadran su « posición tomada ». Sin llevar por delante a la Humanidad de Cristo, se arriesga a « andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trai arrimo, por mucho que le parece anda llena de Dios. Es gran cosa, *mientras vivimos y somos humanos, traerle humano* » (V. 22, 9). Lo exige también la propia condición humana que Cristo vino a salvar: « Nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo... Ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario... En negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo; porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y *es compañía*... » (V. 22, 10).

No da señales de perder la serenidad, ella que mantiene un razonamiento seguido y sin fisuras. Así no es por irrupción apasionada, sino en fuerza de la misma seguridad de raciocinio, que mudando su estilo remirado ante opiniones ajenas, ahora se pronuncia con osada rebeldía y como maestra del mismo letrado que la manda escribir: « Ansí que V. m., señor, no quiera otro camino; aunque esté en la cumbre de la contemplación, por aquí va siguro » (V. 22, 7).

Como si no hubiese roto el hilo del discurso, quince años más tarde vuelve a la carga y afila de nuevo los dardos, percatándose de que su punto de vista era una auténtica novedad que chocaba con la opinión corriente, doctamente defendida por los maestros del *recogimiento*: « Me han contradecido, dice, y dicho que no lo entiendo » (6 *Moradas*, 7, 5). Mas ella no se arreda, y vuelve para repetir con nuevos matices los viejos argumentos que llevaba esculpidos en la conciencia. Admite distingos, pero los tritura elegantemente: « A mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe y que digamos todos una cosa; mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí... » (6 *Mor.* 7, 5). Y vuelve a sentirse « maestra » y se arroja con idéntica osadía: « Mirad que oso decir que *no creais a quien os dijere otra cosa*. Y procuraré darme más a entender que hice en otra parte... » (ib.).

Y comienza a mostrar la Humanidad de Cristo con un criterio aun más amplio, allanando el camino con el ejemplo de los santos miembros de Cristo, buen olor del mismo, cuyo vivir era Cristo y, en fin, portadores de Cristo, dando testimonio de El con sus vidas. Entre ellos y El ve Sta. Teresa una afinidad

de la que ningún cristiano se puede sustraer. Si algunos alegan que no pueden pensar en la Pasión de Cristo, replica que « menos podrán en la Sacratísima Virgen ni en la vida de los santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque, apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar abrasados en amor, que *no para los que vivimos en cuerpo mortal*, que es menester trate y piense y se acompañe de los que tiniéndole hicieron tan grandes hazañas por Dios... No puedo creer sino que *no se entienden, y así harán daño a sí y a los otros*. Al menos *yo les aseguro que no entren a estas dos moradas postrenas*; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino...; porque el mismo Señor dice que es camino..., que es luz... » (6 Mor. 7, 6).

Prefiere esquivar las sutilezas exegéticas a las que algunos apelan. Huye de ellas, porque son indicio del cerebralismo estéril que invade cuanto es vida sincera, y apela a su propia experiencia profunda y nítida que no la puede engañar, después de tantas vicisitudes y comprobaciones: « Yo no sé esotros sentidos. Con este, que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien » (6 Mor. 7, 6).

La simbiosis entre Cristo y los santos acapara sin duda la ideología teresiana en la madurez de su espíritu, tal como aparece en su obra maestra de *Las Moradas*. Es la nota específica del mismo: « Hemos menester mirar a *nuestro dechado Cristo... y aun a sus apóstoles y santos...* Es muy buena compañía el buen Jesús para no nos apartar de ella, y *su sacratísima Madre*, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas... » (6 Mor. 7, 13).

También aquí se le revuelve la memoria de Osuna. Extraña reminiscencia, que aún le produce evidente irritación: « Alegan, dice, lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que El se fuese. Yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo a su Madre sacratísima..., que sabía que era Dios y Hombre, y aunque le amava más que ellos, era con tanta perfección, que antes la ayudava » (6 Moradas, 7, 14).

La posición adoptada por Sta. Teresa, que chocó entonces con los maestros del recogimiento, cuyo Cristocentrismo era innegable, sigue chocando también hoy a algunos intérpretes de su palabras, aunque de distinta manera. Advertíamos que algunos ni siquiera descubren novedad alguna en su Cristología espiritual, confundiéndola con el Cristocentrismo dogmático, doctrina común, indudablemente, en su tiempo. Quizá sean más sutiles otros especialistas introspectivos, que han captado bien

las dos facetas con la *contemplación incorpórea* y la *consuación sentimental*. Pero pretenden descubrir en esa doble cara dos tipos de *mística* alternativamente sucesivos en la vivencia teresiana, « uno sentimental, imaginativo, dicen, el de la contemplación de la Humanidad de Cristo...; y otro más intelectual, que debe estar por encima del anterior y debe prescindir incluso de los goces espirituales que aquel pueda proporcionar: es el *recogimiento* de Osuna y de los místicos franciscanos... La aplicación del primero dará lugar a las visiones imaginarias; la del segundo, a las visiones intelectuales. Estas dos clases de visiones se fueron sucediendo alternativamente en las experiencias místicas de Sta. Teresa »¹⁰.

Admirando la penetración del estudioso, sus distinciones nos parecen impertinentes. Las primeras « visiones intelectuales » que experimentó Sta. Teresa fueron precisamente de la Humanidad de Cristo, advirtiéndole a conciencia que intelectualmente veía a « Jesucristo, hijo de la Virgen » (V. 27, 4).

La contemplación *incorpórea* es ópticamente más elevada, sin duda, que la visión imaginaria. Pero la *visión intelectual de la Humanidad de Cristo*, no deja de ser « incorpórea » y versa, no obstante, sobre dicha Humanidad divina. Mas si por *visión incorpórea* se entiende la que absolutamente soslaya toda relación con lo humano, sospechamos que se trata de una contemplación quizá en sí más elevada; pero en el orden ético inservible. La perfección de santidad, que es lo importante en la idea teresiana, *se cifra en el equilibrio* de tal contemplación que, por elevada que sea, no se desconecte de la *praxis humana*, estableciendo una continuidad biológica entre la mente y el corazón, la idea y la vida; y esta perfección suma se refleja sustancialmente en « lo humano de Cristo ».

La propia Sta. Teresa reconoce que la contemplación incorpórea que a veces otorga Dios sin que tome parte activa el alma, es de sí más alta que la producida a conciencia por el alma; mas no por esto es « más perfecta ». Y además de « imperfecta » es también arriesgada, tanto más peligrosa cuanto más tiende a desvincularse de lo « humano » por una santidad ideológica, prácticamente inservible. Precisamente por este riesgo aconseja posiciones totalmente pasivas, cuando a Dios pluguere otorgar semejantes mercedes: « Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera la hará dejar en lo que está » (6 Mor. 7, 12). Pues Dios lo da, bueno ha de

¹⁰ *Obras de S. Teresa*, por A. COMAS. Vergara-Barcelona, 1961, p. 53.

ser. Lo malo será pensar « que es gran cosa estarse allí gustando » (6 Mor. 7, 13): « El engaño que me pareció a mí que llevaba fue no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel *embebecimiento* aguardando aquel regalo, y vi *claramente que iba mal...*, perdiendo harto tiempo y no aprovechando *en las virtudes* ni medrando en la oración » (6 *Moradas*, 7, 15).

No deja de sorprender el acento rebelde de la M. Teresa, célebre por su destreza en adaptarse a todos o en conducir la corriente de manera que parecía eran otros, siendo ella quien mandaba. Aquí se despoja de todo convencionalismo y delata crudamente su disconformidad, enfrentándose a los maestros. Ella que en cosas dificultosas que sabía, « voy, decía, con este lenguaje de que *me parece*, porque si me engaño estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas » (5 Mor. 1, 8), en la presente ocasión se pronuncia exenta de titubeos, con la conciencia segura de captar el genuino magisterio de Cristo, en tanto extremo que mira con escrúpulo si las palabras que adopta responden exactamente a lo que de Dios entendió: « Muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que *me las decía este mi Maestro celestial*. Y porque yo *en las cosas que señaladamente digo esto entendí u me dijo el Señor* se me hace escrúpulo grande poner u quitar una sola sílaba que sea, así cuando pontualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mío » (V. 39, 8).

El tono de seguridad que adopta en el tema de la Humanidad de Cristo, insólito en ella, revela, pues, que tiene conciencia de promulgar una doctrina que lleva clavada en el alma, tan cierta o más de cuanto podía decir. Hay también en sus afirmaciones una línea divisoria inconfundible: cuando hablaba solo de sí, o cuando decía « lo que le enseñaba su divino Maestro ». « Hartos años, reconoce, estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas... Quería el Señor, como Su Majestad fue siempre mi Maestro, que no tuviese a nadie que agradecer..., y *dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad para saberlo decir* » (V. 12, 6).

Aquella conciencia de andar sobre seguro se irisaba en ella con matices y contrastes peregrinos. Incesantemente indagaba y preguntaba a los letrados. Pero a ratos polemiza descaradamente con ellos. Porque « no la gobernaban los letrados », sino las razones que le daban, y estas habían de pasar por el contraste de su sensatez intuitiva, con la conciencia donde llevaba una ciencia esculpida, que era una biología integral hecha de luz y calor, era un contacto indubitable con Dios,

suma Verdad, a cuyo dictado vivía deliberadamente. Así discorruaba sin tapujos cuando las verdades formuladas, convencionales, no casaban con la verdad viva que le bullía en el alma. Cuando el P. Pedro Ibáñez, el mejor letrado que halló en Avila, a cuyo parecer se atenía en todo, le dio en cierta ocasión un dictamen que, a su parecer, no conformaba totalmente con el Evangelio, replicó sin miramientos: « que para no seguir mi llamamiento... y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología ni con sus letras en este caso me hiciese merced » (V. 35, 4). Era una antipatía alérgica al cerebralismo en pugna con la biología cristiana. Estaba harta de conceptos que dejan seca el alma; y con ser ella tan sutil en los consejos, no toleraba sutileza alguna cuando se trataba de « vivir el Evangelio ».

La seguridad le la M. Teresa no era empaque de suficiencia, que suele ser nota de rigidez. Ella sigue consultando a los letrados hasta el fin de su vida. Mas el criterio a seguir lo lleva tan marcado en sí misma, que los consejos que pide la orientan más en los riesgos posibles que en la clarificación de la verdad. Receló siempre que podía « errar; mas no mentir » (4 Mor. 2, 7), y así era amiga de comprobar con las letras la seguridad objetiva de su conducta. Y proclamó sin ambages: « Mi opinión es y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien tenga buenas *letras*; y mientras más, mejor » (V. 13, 18). Aconsejaba especialmente a sus monjas: « Esto han menester mucho las perladas, si quieren hacer bien su oficio: confesarse con letrados; y si no, harán hartos borrones pensando que es santidad » (F. 19, 1).

No es esto todo. Las consultas eran signo de su agilidad mental para escuchar otros pareceres. Mas su propio estilo revela una espontaneidad femenina que es el mejor indicio de la « connaturalidad » de su conducta. Con sentirse tan segura en cosas que afirma como tales, seguirá encareciendo que « no sabe los que dice », que solo escribe por obediencia y con pena por dejar sus labores, que « el Señor sabe la confusión con que escribe », que « es menester tenga paciencia quien lo leyere », que escribe a disgusto por las muchas ocupaciones que la obligan a hacerlo de prisa, etc. Y de aquella naturalidad brotan las deliciosas divagaciones propias de su estilo inimitable, incisos, anacolutos, desdiciencias sin fin, que son el ornato de un lenguaje tan personal, que es quizá el único de nuestros clásicos imposible de plagiar. Era la forma teresiana de gestos, voces, cadencias espontáneas habituales en ella siempre que hablaba sin pensar. Así reconocen los testigos que sus escritos y su

lenguaje eran idénticos, como ponderaba D. Pedro de Castro: « Los que han leído, dice, o leyeren sus libros pueden hacer cuenta que oyen a esta santa Madre; porque no he visto dos imágenes o dos retratos tan parecidos entre sí por mucho que lo sean, como son los libros escritos y el lenguaje y trato ordinario de la santa Madre: aquel enmendarse en algunas ocasiones y decir que no sabe si lo dice como lo ha de decir, y otras cosas a este tono, son todas suyas... »¹¹.

La aparente frivolidad de las formas, típicamente femeninas, no resta seguridad a cuanto se propone decir. Alcanza minuciosamente los objetivos previstos, y burla burlando traza su camino satirizando el demasiado cerebral para mujeres: « Podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados... No diré cosa que en mí u en otras no tenga por experiencia u dada en oración a entender por el Señor » (*Camino*, pról. 3).

No disimulaba la admiración por sus propios libros, que consideraba insinuados por Dios, su Maestro, y aseguraba que harían mucho bien, como confesó a Julián de Avila: « Calla, le dijo, que vos vereis el provecho que ha de hacer esto que escribo después de muerta »¹². Y refiere Isabel de Sto. Domingo « que algunas veces le decía la Santa, leyéndola lo que en el libro había escrito, que no pensaba que había de salir tan bueno, admirándose de que, sin haberlo pensado, saliese con tanto concierto, y más siendo cosas tan altas las que escribió, y que hablando con sus monjas les decía, después de haber leído lo que escribía: Bendito sea el que lo da, que por ellas lo hace, porque yo bien poco lo había pensado »¹³.

Ella los consideraba, aun en vida, como complemento de su persona en el apostolado y misión confiada a ella por Dios. Aquella mujer, nació dotada de una apertura natural sin límites hacia la convivencia, de una capacidad de penetración arrolladora y de una eficacia de liderato irresistible, tuvo conciencia de ello y lo administró como un servicio a la Iglesia de Cristo, a quien pertenecían todas sus facultades hasta morir con su nombre en la boca y en el corazón¹⁴.

El distintivo más notable de su doctrina era que no tenía estructuras de conceptos, más o menos sutiles y originales. Era, más que todo eso, una expresión de sí misma, como « su olor »,

¹¹ *Obras de S. Teresa*. BAC, Madrid 1954, II, p. 4-5.

¹² *Proceso de Avila 1596*, 10º.

¹³ *Proceso de Avila 1610*, 54º.

¹⁴ *Tiempo y vida de S. Teresa*, II, 548.

su expansión vital, como el reflejo luminoso de su fisionomía moral, que partiendo del subconsciente, toda ella se hacía eco de Dios; para trasvasarlo a la sociedad a la cual pertenecía, a la Iglesia y a todo el género humano ya a través de su convivencia y conversación, ya a través de sus escritos; en ellos sigue latiendo viva después de cuatro siglos, como atestigua la general acogida de todas las gentes, asomándose así para conversar con la humanidad, como se asomaba a través de las rejas y de los velos con que se cubría en vida, para hablar a cuantos requerían su presencia.

FR. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, o.c.d.